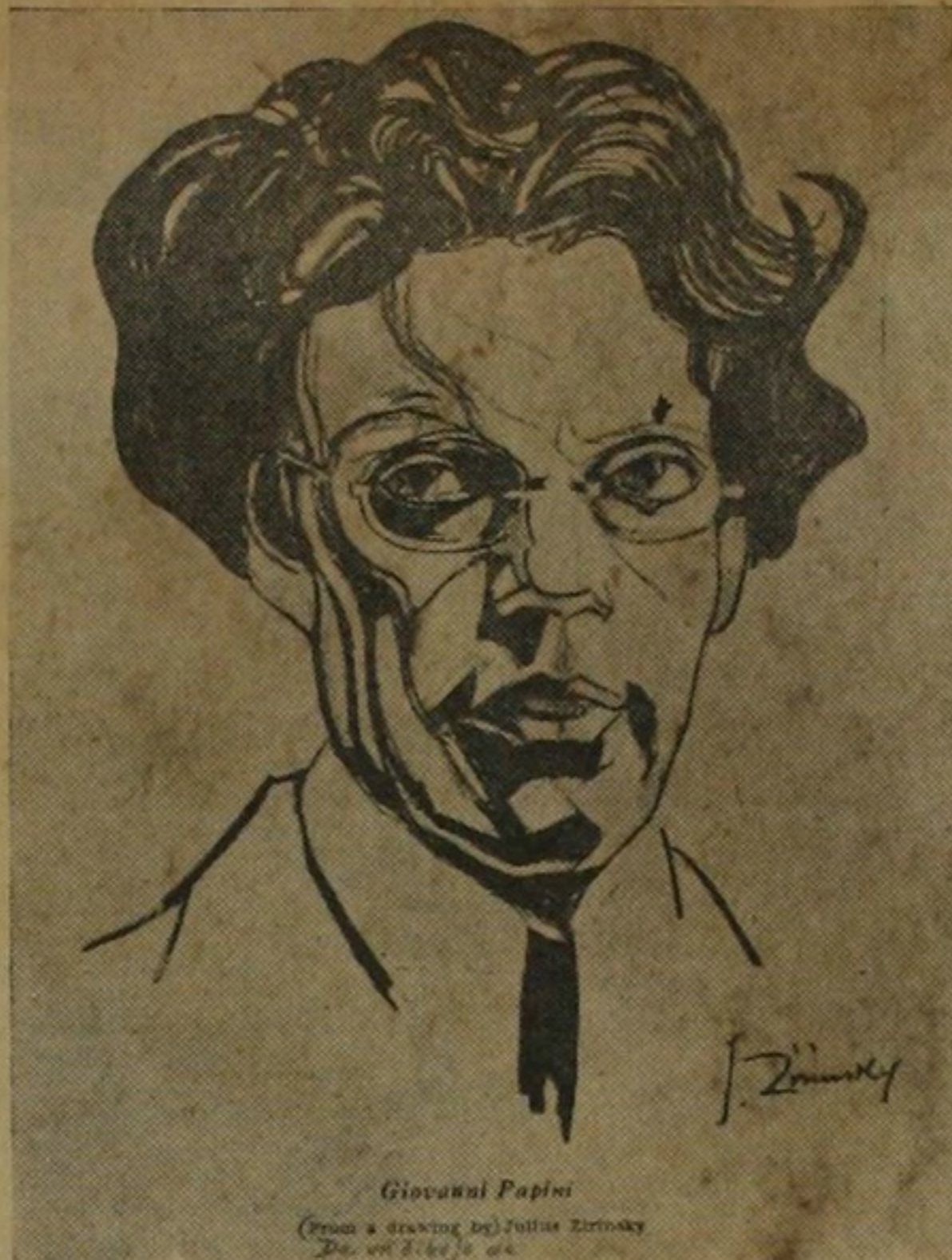


Notas de un lector Entrevista con Papini

—De El Sol, Madrid—



A propósito de Gog

Visita a Giovanni Papini

—Envío del autor—

Las campanas de Santa María de la Flor llenan de sonoridades el ambiente.

Vía Coletta 10. Un salón lleno de luz. En las paredes cuadros de primitivos, retratos de viejos filósofos y tres máscaras japonesas estupendas, de la época de Heian, para el baile Ganjoraku. Libros por todas partes. Sobre el escritorio una estatuilla en madera de San Agustín y sobre una Biblia admirablemente empastada un busto de Voltaire.

El señor Papini, al verme, deja la lectura, se pone de pie y a través de los espejuelos me clava los ojos inhóspitos y agresivos.

Apenas me tiende la mano, indicándome un sillón amplio, cómodo.

—¡México, México!—comienza diciendo—¡Ah, sí! ¡Pancho Villa!, ya recuerdo, es el asesino por excelencia que ha producido la América, fuerte, imperativo, nunca conoció el ridículo. Hubiera sido un soberbio actor teatral de haber nacido en Italia. Todos los tiranos, todos los bandoleros tienen algo de personajes de opereta. Pancho Villa será el único que sobrevivirá a la historia de América.

—Es que tenemos grandes novelistas—murmuré cohibido—por ejemplo: un hombre de costumbres puras, que en su mocedad...

—No me interesan los novelistas americanos—me interrumpió—todos ellos son calcas abominables de los escritores franceses, imitadores pedestres de los defectos de Flaubert y de Zola. Además, los hombres conversos, no me preocupan, son siempre hipócritas o cobardes, tienen miedo al más allá. Nunca tienen las fulguraciones del Obispo de Hipona. Lo maravilloso, lo cautivante de Agustín fue su vida anterior a la conversión. No creo en los conversos, como no creo en los vegetarianos de última hora: siempre comen carne en los banquetes. ¡Fíjese usted! Los pueblos vegetarianos son pueblos esclavos.

(Pasa a la página 138)

Nunca había sido capaz de leer el corpulento volumen de la *Storia di Cristo*, que tantos entusiasmos, más o menos teñidos de esnobismo, suscitó en el mundo internacional de lectores, cuando la humanidad llegó otra vez "a riveder le stelle" al surgir del infierno de la gran guerra. Franca- mente. Lo mismo que no me interesan las grandes basílicas que erige la piedad al uso, en las que se me antoja que lo que les sobra de suntuosidad les falta de espíritu, tampoco siento curiosidad por esos escritos de trasnochado misticismo, obra de gentes maceda- radas en todas las corrupciones de nuestra civilización, que "padecen de hartura", co- como el personaje de Eca de Queiroz, y quie- ren purificar su ánimo con no sentidas prácticas religiosas, al igual que el siglo XVIII pretendía librarse de su podredumbre con los juegos rústicos del Petit Trianón, tan apartados de la áspera existencia cam- pesina como las almibaradas devociones a la moda de la saludable fe de las grandes épocas. El azar de las tediosas horas de la vida de sanatorio, púsome frente al afa- mado autor y me agarré a su conversación con convulsivo anhelo de naufrago.

Mi sorpresa fue inmensa. Yo me suponía, sin haber pensado en ello, que el flamante biógrafo de Cristo tendr- ía ese aire falsamente piadoso de los charolados santitos de car- tón que fabrica en serie la indus- tria del siglo para un público ñoñamente devoto. En vez de ellos encontrábame con un hombre todo dinamismo, fosco, exaltado, exce- sivo, violento, de un tipo casi de negro y con desacordes resonan- cias de *jazz-band* en sus frases y razonamientos. Las pasiones más bravas se pintaban en el cen- telleo de sus ojos, y sus labios abrasados lanzaban sin cesar un chorro de palabras, mugientes e hirvientes, con febriles sonorida- des de interjección y temblores epilépticos.

Al cabo de largo rato de charla, acabé por confesarle mi desengaño en cuantos experimentos llevo he- chos para encontrar en el mundo algo que no sea vano: la vida pro- mete vilmente lo que no cumple jamás.

—Lo que a usted le han permi- tido ensayar sus riquezas en el or- den de lo material y concreto— respondiome el escritor, abrasán- dome con el desmandado volcán de su mirada—, téngolo yo muy bien sabido en el campo intelectual. Con todos los ardores de mi alma indomable, en demanda de solución para los problemas acongojadores que nos plantea la vida, lancéme sobre cuantas ideas podía ofrecerme nuestra putrefacta cultura, y en todas ellas sólo encontré oquedad y falsedad; ninguna de mis ham-

bres tropezaba con el pan que la hartara. Criatura fáustica, como todas las de estos dos siglos postreros, no había diablo de cuantos se proponían ganar mi alma que me presentara alegrías sin dejos de ceniza. Fuí un "hombre acabado" antes de los treinta años... Un día volví a dar con el librito de los Evangelios, o mejor dicho, topéme con él por primera vez, ya que mi infantil educación católica nunca había puesto al alcance de mis ojos el simple texto ingenuo de las eternas crónicas de Jesús. No sé decirle lo que sentí. Tendría que acudir a la manida imagen de la fuente del oasis para el sediento peregrino del desierto. Al instante, todas las fuerzas vivientes de mi espíritu diéronse a la tarea de reelaborar el viejo tema salvador, y así como en sus cua- dros los pintores de la Edad Media vestían los personajes de las sacras leyendas con trajes del país y del tiempo de quien los trazaba, también yo quise infundir en las sencillas viñetas del Evangelio los ardores fulguerosos del alma del siglo XX. Aunque no me mordí la lengua al escribir mis re- flexiones, mi libro tuvo gran éxito en el mundo ortodoxo, si bien no ya frases sino capítulos enteros fueron suprimidos por los editores al presentar mi tra- bajo a públicos devotos de naciones distintas de la mía.

—¿Y encontró usted en su con- versión la definitiva paz y su exis- tencia es desde entonces reposo?

—Le diré. Milicia es la vida del hombre sobre la tierra. La paz no es de este mundo. La tragedia del ideal cristiano es que por nadie puede ser vivido íntegramente. No hay cristianos. Los hombres más puros aspiran a serlo y se angus- tian y atormentan lejos de su mo- delo. La masa vulgar ceba su espíritu, con galimatías que no comprende, en una modorra ado- cenada. Y si el hombre no logra elevarse hasta el cristianismo, mu- cho menos la sociedad. Las agrupa- ciones humanas se encuentran hoy tan apartadas del espíritu evan- gélico como en los tiempos de Au- gusto. ¡Reposo en la fe! El ser del cristiano es lucha incesante en to- dos los órdenes de la actividad es- piritual. Somos demasiado de nuestro tiempo: egoísta, materia- lista, brutal, despiadado, incrédulo, para que, sin combate siempre renovado, podamos recluirmos en el bendito huerto de Nazareth, de verdores eternos.

—Y ¿qué prepara usted en tan- tos años de silencio después de su *Historia de Cristo*?

—Ni yo mismo lo sé. Aquella obra no puede tener segunda par- te. La mudez absoluta sería acaso lo mejor a que podría dedicarme después de ella. El hombre debe- ría morir en el momento de su ma-